

y poniéndome todos los platos entre las manos, me dijo: —Ea, llévate eso: es tu oficio,—y me dió un pescozón y todos se echaron á reir. Yo no desplegué los labios, y me fuí á la cocina donde dejé los platos, y me eché en una silla donde me estuve llorando á oscuras como un desesperado, hasta tanto que se fueron á dormir. Y si no hubiese sido por Giovannina (Juanita), una muchacha muy buena que vivía cerca de casa, que trabajaba en una sastrería y me quería mucho, siempre habría andado hecho un miserable de roto y descosido...

Preguntéle cómo se había decidido á huir.

—En un principio,—me respondió,—había pensado escapar con una compañía de saltimbancos de los que hacen habilidades y las fuerzas, y cuando encuentran muchachos de aquellos á quienes no quiere nadie, los cogen y se los llevan; pero luego supe, porque otros niños me lo dijeron, que hay habilidades que para enseñarlas á hacer los saltimbancos, deben desconjuntar los huesos, y que á los niños deben haberseles dislocado cuando son muy pequeñitos, y que yo ya era demasiado grande, y no me escapé. Entretanto la madre seguía tratándome mal y me daba muy poco de comer. Estando en esto, sucedió que un día comenzaron á pasar los soldados de Italia, y todas las gentes de Padua hacían grandes fiestas y agasajos á los soldados que pasaban, y los chicos les acompañaban hasta fuera de las puertas y algunos hasta muy lejos. Á mí me dijeron que dos ó tres se habían escapado de sus casas, y que cuando volvían al cabo de algunos días, decían haber comido pan de munición y dormido debajo de las tiendas. Con esto yo determiné marcharme de casa, y aun lo intenté dos ó tres veces; mas en cuanto comenzaba á anoecer me entraba un poco de miedo y me volvía. Ayer mañana mi madre me pegó con un palo y me hizo mucho daño: miren aún en mis manos los cardenales, y también me hartó de bofetadas, no más que por haberle dicho: «Así

reventaras,» á uno de sus niños que hacía burla de mis zapatos porque son grandes que parecen barcas, y no me dieron ni un mendrugo de pan que comer; y durante la tarde me dejaron solo en casa. Me estaba junto á la ventana llorando á lágrima viva, cuando he aquí que de repente llegan á mi oído los sonos de la música: inmediatamente me eché á la calle, y en cuanto ví que eran soldados del rey que ahora tenemos y que ha venido á libertarnos, metíme entre ellos y ya no les he dejado... Después usted me habló...—y me miraba.—Después me han dicho que nada temiera, y me han dado de comer... ¡Tenía yo un hambre!... Y me dijeron también que podría estar con ellos... Pero yo no quiero de ningún modo estar aquí como un mendigo, comiendo el pan sin ganármelo... quiero trabajar... acepillaré los vestidos...—y me tocaba la levita,—traeré agua, é iré á buscar paja para que puedan dormir más blandamente los señores ofi...
Pero al llegar á este punto cortóle la palabra uno de mis compañeros, cogiéndole la cabeza con ambas manos, estrechándosela contra el pecho con el afecto y la compasión de un padre.

V

Al amanecer, y antes del toque de diana, vino á interrumpir el silencio del campamento el monótono rumor de una lluvia abundante á la cual acompañaba el fragor horrísono de los truenos. Asomé la cabeza fuera de la tienda, y no obstante hallarse despiertos casi todos los soldados, no se veía en el campamento alma viviente, excepción hecha de los centinelas. Con todo esto, cada vez que cruzaba el espacio un relámpago, podía oirse, procedente del interior de todas las tiendas una especie de berrido, por demás agudo, seme-

jante al de los titiriteros cuando anuncian la aparición del diablo, seguido de otro prolongado y clamoroso, semejante al rimbombar del trueno, cada vez que estallaba uno de ellos.

Al cabo de un rato tocóse diana, y el oficial de guardia llamó á los que estaban de semana á la prevención para comunicarles la orden de que dentro de tres horas se levantaría el campamento y continuaríamos la marcha. Semejante anuncio me hizo acordar inmediatamente de nuestro Carluccio, pues la verdad es que hasta entonces no me había ocupado formalmente en lo que podríamos hacer de aquel muchacho. «¡El hijo del regimiento!» Palabras son estas que cuesta muy poco decir; ¿pero teníamos algún derecho para que continuara con nosotros, sin el conocimiento de su familia? ¿Había quién quisiera cargar con semejante responsabilidad? Hablé de ello á los amigos y todos convinieron en que debíamos disponer las cosas de manera que Carluccio volviera á su casa, valiéndonos de la autoridad de la aldea más próxima y escribiendo al mismo tiempo al alcalde de Padua. Cierto que era esta una decisión que á ninguno de nosotros satisfacía, por lo que tenía de desagradable, dado lo que sabíamos de la vida del pobre muchacho; pero comprendíamos también que no nos quedaba otro recurso. Encarguéme yo de escribir al alcalde, y en efecto, le escribí, pero en lo relativo á acompañar á Carluccio á la vecina aldea, para confiárselo á la autoridad, no quise entrar ni salir, diciendo para mi capote: — Yo he hecho ya lo que me correspondía: hagan los otros lo demás.— Y supliqué á mis compañeros uno por uno, que hicieran por su parte lo que faltaba.— Yo, ¿qué tengo que ver? — me dijeron. — ¿Pues, y yo? — preguntaba á mi vez. — Pues bien, ni tú ni yo. — Y así concluía el diálogo.

En semejante situación, y más malhumorado de lo que hubiese querido, penetré de nuevo en la tienda y llamando á Carluccio, le dije:

— Oye: es indispensable que te vengas conmigo á la aldea que está de aquí á pocos pasos.

Cruzó su mente una sospecha; imprimióse en su rostro el pensamiento que tenía y me miró largo rato sin apartar de mí los ojos. Debo decir que, por lo que á mí toca, no había sabido disimular mi intento de modo alguno, y para ocultar mi turbación, volvíme de espaldas y fingí buscar algo en mi cartera de viaje.

— ¡Me quieren enviar á casa! — exclamó de repente.

Y prorrumpiendo después en acerbo llanto, se echó de rodillas á mis pies, y ora juntando las manos en ademán suplicante, ora cogiéndome de los faldones de mi levita, comenzó á decir con apasionado acento:

— ¡No, no, señor oficial, por caridad, por compasión, no me envíen ustedes á mi casa! Yo no puedo volver á ella; preferiría morir. Ténganme ustedes en su compañía, mándenme cuanto quieran y yo por mi parte procuraré hacer cuanto ordenen, y si no quieren darme de comer, yo me arreglaré... ¡Pero por caridad se lo pido, señor oficial, no me hagan volver á casa!

Francamente, oyéndole, sentía que se me desgarraba el corazón. Reflexioné un momento, y al cabo le dije:— Tranquilízate, Carluccio, no temas; no llores, no te enviaremos á tu casa, no: te quedarás con nosotros, te queremos mucho... te lo prometo, puedes estar seguro de ello, sécate los ojos, y no hablemos más.

Oyendo estas palabras Carluccio se tranquilizó.

— Está visto, — dije saliendo de la tienda, — no sirvo para desempeñar el papel de tirano, no he nacido para esto. Puesto que no queda otro recurso, esperemos la contestación del alcalde de Padua, y después... ¡qué diablo! ¡después veremos lo que se pueda hacer!